



EL
ASESINATO
DEL CALÍGRAFO
DE **BAGDAD**

JOSÉ VICENTE ALFARO

Un crimen enigmático. Una conspiración para derrocar al califa. El secuestro de un niño de diez años. Y el hallazgo de una primitiva versión del Corán distinta de la oficial, que podría hacer temblar los pilares de la religión islámica. Acompaña a Theobald, un monje cristiano venido de Occidente, en su viaje a la Bagdad del siglo IX, capital del califato abasí y epicentro mundial del saber y la cultura, mientras trata de esclarecer un extraño asesinato en el que se verá involucrado de forma accidental. Al mismo tiempo, Al-Mamún, máximo dirigente del poderoso imperio musulmán, se esfuerza por imponer una visión más racionalista del islam, compatible con el estudio de la ciencia y la filosofía, aspiración que le creará numerosos enemigos entre los fieles más radicales. Sumérgete ahora mismo en la absorbente trama que propone la novela, situada en el marco histórico de la conocida como Edad de Oro del islam.

*Para mis queridas prima Angelita y mi tía
Mariflor*

EL ASESINATO DEL CALÍGRAFO DE BAGDAD

José Vicente Alfaro

PERSONAJES PRINCIPALES

Theobald de Canterbury: monje benedictino.

Subaya: antigua concubina del califa.

Yabir: hijo de Subaya.

Al-Mamún: califa de Bagdad.

Al-Mutasim: hermano del califa.

Amina: hija de Al-Mutasim y sobrina del califa.

Abbas: hijo del califa.

Uthmán: el visir.

Suleimán: el chambelán del palacio del califa.

Sabiq Al-Mursi: comerciante de Bagdad.

Fadhila: hija del Al-Mursi.

Istifán: socio comercial del Al-Mursi.

Khalid ibn Faraj: el calígrafo, marido de Fadhila y yerno de Al-Mursi.

Ahmad Banu Musa: erudito de la Casa de la Sabiduría.

Hunayn ibn Ishaq: erudito y director de la Casa de la Sabiduría.

Al-Jahiz: erudito defensor de la doctrina mutazilita.

Abu Haidar: poeta de la corte del califa.

Wasif: antiguo tutor del califa.

Falid Al-Farabi: maestro de escuela.

Ahmad ibn Hanbal: ulema tradicionalista.

Abdalmalik: secuaz de Hanbal.

Mahsati: cantante de Bagdad.

PREFACIO

La península de Arabia, situada en el suroeste de Asia, entre el mar Rojo y el golfo Pérsico, constituye una meseta principalmente desértica y rodeada de montañas, de clima cálido y tierras áridas. No obstante, también cuenta con una zona fértil en el sur (el Yemen), gracias a las lluvias de los monzones y a su ingeniosa red de canales de agua, y otra al noroeste, conocida como Hiyaz, una ruta histórica mercantil que comunica el Mediterráneo con el Índico, y que alberga ciudades oasis tan importantes como La Meca o Medina.

El pueblo árabe es de origen semítico, pues según la tradición desciende de Noé, a través de su hijo Sem. Los habitantes que moraban en las ciudades dedicadas al comercio llevaban una vida sedentaria, mientras que el interior albergaba a los nómadas del desierto, conocidos como beduinos, quienes subsistían desplazándose de un sitio a otro en busca de agua y pastos para alimentar el ganado. La sociedad estaba organizada en tribus y clanes, que compartían un descendiente común y acataban la autoridad del varón de mayor edad. Sin embargo, las constantes rivalidades entre las mismas solían desembocar en violentos enfrentamientos.

Por lo demás, la cultura preislámica era principalmente oral, y dentro de ella, la poesía se consideraba la expresión artística más elevada. Los árabes celebraban la vida y gozaban del presente, entregándose a los placeres del vino, el

juego y las mujeres, conscientes de que la muerte les llamaría sin previo aviso.

La religión no ocupaba un lugar preeminente en la vida de los árabes. Las tribus practicaban un culto de tipo animista: creían en las fuerzas de la naturaleza y adoraban ídolos y tótems a los que atribuían poderes divinos. La población nómada carecía de santuarios, mientras que los habitantes de las ciudades construían templos donde albergar a sus deidades. De entre ellos, el más importante era la Kaaba, situada en La Meca, una construcción en forma de cubo en la que, además de ídolos, se veneraba una piedra negra. Las peregrinaciones que se realizaban al mencionado templo proporcionaban grandes ingresos a los mercaderes, quienes hacían coincidir dichos momentos con las ferias más importantes.

En el contexto histórico descrito, surge la figura de Mahoma. Nació en torno al año 570 d. C. en el seno de uno de los clanes más pobres de los Quraysh, tribu que controlaba el comercio a lo largo de la costa oeste de Arabia desde su base en La Meca. Siendo tan solo un niño, Mahoma se quedó huérfano, por lo que fue adoptado primero por su abuelo Abd al-Muttálib y luego por su tío paterno Abu Talib, líder del clan. Durante su juventud trabajó como pastor, y en años posteriores lo hizo como mercader en una ruta caravanera, cuyos viajes le permitieron conocer a sacerdotes cristianos y rabinos judíos que le introdujeron en los misterios de la fe monoteísta. A los veinticinco años se casó con Jadiya, una rica viuda mucho mayor que él que le permitió elevar su estatus en la sociedad de la época. De dicha unión nacieron seis hijos, cuatro niñas y dos niños, aunque los varones murieron en la infancia.

Cumplidos los cuarenta —en el año 610 d. C.—, y mientras meditaba en una cueva del monte Hira, Mahoma tuvo una visión del arcángel Gabriel, que le reveló que había sido elegido como el último de los profetas para proclamar

la sumisión a un único Dios, eterno y perfecto —Alá—, y la venida del día del Juicio Final.

A partir de ese momento, Mahoma comenzaría su etapa de predicación y captaría a sus primeros seguidores, principalmente jóvenes pertenecientes a las clases más desfavorecidas. Sin embargo, el ataque al politeísmo imperante hasta la fecha soliviantó a los mercaderes más poderosos de La Meca, pues temían que el rechazo a los tradicionales ídolos emplazados en el santuario de la Kaaba perjudicase el constante flujo de peregrinos sobre el que se sustentaban sus negocios.

Después de una década repleta de tensiones, y tras la muerte de Jadiya y de su tío Abu Talib, Mahoma y sus seguidores fueron expulsados de La Meca por la tribu de los Quraysh a la que ellos mismos pertenecían. Mahoma se trasladó entonces al oasis de Yazrib, que posteriormente recibiría el nombre de Medina, «la ciudad del profeta». Este hecho marcaría un hito en la historia del islam, pues por primera vez en Arabia la vinculación de los miembros de una misma comunidad no vendría determinada por los tradicionales lazos de clan y de tribu, sino por su creencia compartida en un único dios verdadero. Esta huida a Medina, conocida por el nombre de Hégira, marcaría asimismo el inicio del calendario musulmán; corría el año 622 de la era cristiana.

En Medina, la comunidad musulmana continuó aumentando y Mahoma organizó ataques a las caravanas de los Quraysh, para hacerse con el botín y perjudicar a sus enemigos declarados. En respuesta, los mercaderes de La Meca reaccionaron y emprendieron la guerra contra los musulmanes. Las batallas se sucedieron a lo largo de los siguientes años, con victorias y derrotas por ambos bandos, hasta que en el año 629 d. C. Mahoma partió hacia La Meca al frente de un enorme ejército con el que logró conquistarla sin resistencia, pues ante semejante fuerza militar sus rivales optaron por la rendición. Casi todos sus habitantes se su-

maron a la causa, los ídolos paganos de la Kaaba fueron destruidos, y el Profeta convirtió la ciudad en el lugar sagrado del islam y el principal sitio de peregrinaje de la nueva religión.

Aquella gran victoria contribuyó a aumentar el prestigio de Mahoma, quien logró la adhesión del resto de las tribus de Arabia, las cuales dejaron de lado sus viejas rivalidades y se unieron en torno a la nueva fe revelada por el Profeta. En el momento de su muerte, acaecida en el año 632 d. C., Mahoma era ampliamente reconocido como líder religioso y político de la práctica totalidad de la península arábiga.

El fallecimiento de Mahoma provocó graves problemas en la comunidad islámica recién nacida. Por un lado, la doctrina que Alá le había transmitido a través del arcángel Gabriel no estaba definida, dado que sus enseñanzas no se habían recogido por escrito. Y por otro, el Profeta no había designado un sucesor, ni tampoco había establecido la forma de elegirlo. Estos problemas darían lugar a cismas y disensiones que aún perduran hoy en día.

La facción suní argumentaba que el sucesor de Mahoma debía ser el miembro más eminente de la tribu de los Quraish. Los chiíes, por el contrario, defendían que debía tratarse de un descendiente directo del Profeta, que en aquel momento no podía ser otro que Alí, primo y yerno de Mahoma, ya que estaba casado con su hija Fátima. Los terceros en discordia, los jariyíes, sostenían que podía ser elegido cualquier miembro de la comunidad, independientemente de su origen o raza. Finalmente se impuso la postura suní, dándose así inicio al califato de los cuatro primeros sucesores de Mahoma —Abu Bakr, Umar, Otmán y Alí—, conocidos como los califas ortodoxos o bien guiados, los cuales gobernarían sobre la comunidad islámica entre los años 632 y 661 d. C.

Durante dicho periodo, los musulmanes hicieron la guerra santa con gran fervor, sometiendo primero a las tribus árabes que tras la muerte de Mahoma habían roto los pac-

tos alcanzados, y posteriormente, conquistando nuevos territorios para el islam más allá de las fronteras de la península arábiga, cumpliendo así con los deseos que el Profeta siempre había manifestado. El califato se extendió por Siria y Palestina, que fueron las primeras naciones en ser invadidas por los ejércitos musulmanes, a las cuales les siguieron Egipto, Irak y Persia. El rápido y eficaz éxito de sus campañas militares se debió a varios factores: el entusiasmo con que peleaban los musulmanes, a quienes se les prometía la vida eterna si morían luchando en la guerra santa; su buen conocimiento del terreno debido a su tradición caravanera y, sobre todo, a la debilidad de los imperios bizantino y persa, extenuados tras una guerra mutua que duraba ya medio siglo.

Los habitantes de los territorios conquistados profesaban todo tipo de religiones —el cristianismo, el judaísmo, el zoroastrismo, el budismo o el animismo—, y muchos de ellos se fueron convirtiendo a la fe de los conquistadores por motivos muy diversos. De modo que, con el tiempo, el islam pasó de ser la fe profesada por una minoría árabe, a una religión universal que acogía en su seno a gentes de diferentes nacionalidades y razas.

Además, bajo el gobierno de los califas ortodoxos, durante los veinte años que siguieron a la muerte del Profeta, se llevaría a cabo la recopilación y codificación de las revelaciones de las que Dios le había hecho partícipe, conocidas en su conjunto como Corán, libro que constituye la base de la fe de todos los musulmanes. El Corán, escrito en árabe —pues esa fue la lengua en que fue revelado—, consta de ciento catorce capítulos denominados azoras o suras, y más de seis mil versículos, conocidos como aleyas, que contiene un código completo de enseñanzas y leyes de carácter religioso, político y social.

Alí, el primo y yerno de Mahoma, fue nombrado cuarto califa ortodoxo, como los chiíes siempre habían querido. La diferencia radicaba en que para los suníes su elección se

había producido mediante aclamación pública, de la misma manera que sus predecesores en el cargo, y no porque perteneciese a la familia del Profeta. Con todo, su gobierno se caracterizaría por ser muy breve y tumultuoso. Diversas facciones se opondrían a su nombramiento, y muy especialmente el gobernador de Siria, Muawiyah, quien le acusó de haber asesinado al califa anterior. Las hostilidades derivaron en una serie de batallas en las que por primera vez los musulmanes se enfrentaban entre sí, hasta que, tras muchos avatares, Alí fue asesinado por un jariyí mientras rezaba en una mezquita. Como consecuencia de todo ello, Muawiyah se autoproclamó califa en el año 661 d. C., inaugurando así el califato omeya, momento a partir del cual se produjo un cambio de rumbo político y religioso en el mundo islámico, que experimentó una enorme transformación.

Muawiyah fundó su propia dinastía y el califato se transformó en un régimen hereditario de carácter monárquico. Asimismo, trasladó la capital del imperio a Damasco, en Siria, en detrimento de Medina, y las instituciones arcaicas de los árabes fueron reemplazadas por una nueva forma de gobierno de influencia bizantina, que modernizó la organización de la administración y el ejército, el cual pasó de que se le pagara con los botines de guerra a recibir un salario fijo.

La expansión musulmana prosiguió su avance con la fuerza de las armas, y pronto se extendería desde las costas del Atlántico hasta las estepas de Asia central y las llanuras del norte de la India. Además, si hasta entonces se habían seguido empleando las lenguas de los territorios conquistados, como el siríaco o el persa, durante el presente califato el árabe se convertiría en la lengua vehicular por excelencia, sustituyendo incluso al griego como la lengua universal de la investigación científica.

Durante la última etapa del califato omeya, casi un siglo después de su instauración, el descontento de la comunidad musulmana se había generalizado. La riqueza se con-

centraba en manos de unos pocos —fundamentalmente de origen árabe—, por lo que se pensaba que los omeyas habían traicionado el mensaje de igualdad entre los creyentes que se desprendía de los principios islámicos. El clima de inestabilidad fue aprovechado por la familia abasí —llamada así por descender de Abbas, tío paterno de Mahoma—, que supo aglutinar a su favor el malestar de la población. Así pues, los abasíes se ganaron para su causa a chiíes y jariyíes, conformando una coalición que se rebeló contra los omeyas, a los que derrotaron en el año 750 d. C. tras una serie de sangrientas batallas.

Al-Saffah fue proclamado califa y su primera medida consistió en asesinar a todos los omeyas para evitar así su posible retorno. El único miembro de la familia que logró escapar con vida fue el príncipe Abderramán, que huyó al norte de África para luego trasladarse a España y fundar en Córdoba un emirato independiente. Al-Saffah gobernó apenas unos pocos años, y fue sucedido por su hermano Al-Mansur, verdadero iniciador de la dinastía abasí, puesto que los treinta y cinco califas siguientes fueron descendientes suyos por vía masculina.

Al-Mansur fundó la ciudad de Bagdad, donde situaría la capital del nuevo imperio islámico. Y, si hasta entonces el califato omeya se había caracterizado por favorecer un régimen de privilegio para los grupos árabes, donde la política dependía fuertemente de las filiaciones tribales, durante el califato abasí el poder comenzó a equilibrarse, después de que se asimilase la cultura regional preexistente, principalmente irania, en detrimento del tradicional exclusivismo árabe. Así pues, el califato abasí reestructuraría la corte y la administración según el modelo persa, cuya influencia en todos los aspectos del estado se antojaría fundamental.

A partir de ese momento se iniciaría un largo periodo de paz, prosperidad y erudición, comúnmente conocido como la Edad de Oro del islam...

INTRODUCCIÓN

Descendió con cuidado por la escalerilla, sosteniendo en alto un candil que proyectaba una claridad flotante que desvelaba los contornos imprecisos de techo y paredes. La cámara subterránea se erguía sobre columnas lisas y muros desprovistos de aderezos que trepaban hasta el artesonado de madera.

El candil que sostenía en la mano para abrirse paso en la oscuridad reinante despedía una burbuja de luz dorada que apenas alumbraba un paso por delante de él. Una primera exploración le confirmó que el lugar era mucho más amplio de lo que se había imaginado, tan diáfano como parco en mobiliario. Más allá de un enorme pebetero con restos de ceniza, solo había un armario y algunos incensarios dispuestos en las esquinas.

Abrió el armario y comprobó que contenía un lote de esterillas, varias antorchas y algunos frascos de vidrio. Una segunda inspección, sin embargo, le permitió descubrir un cajón oculto en la parte inferior, casi imposible de detectar porque se habían usado molduras decorativas para disimular las uniones.

El cajón estaba lleno de pergaminos enrollados.

Intrigado, dejó el candil en el suelo y comenzó a examinarlos con enorme interés, constatando enseguida que contenían textos del Corán.

Al principio no le dio al hallazgo mayor importancia, hasta que, tras analizar los pliegos con mayor atención, se dio cuenta de que podía encontrarse ante los fragmentos

más arcaicos que se conservaban de las escrituras sagradas musulmanas. Los pergaminos, visiblemente deteriorados por el paso del tiempo, eran de piel de cabra y estaban escritos en hiyazí, una grafía árabe temprana. Podían tener, por tanto, más de doscientos años de antigüedad y haber sido redactados muy poco tiempo después de la muerte de Mahoma.

Pero su sorpresa inicial no fue nada comparada con la que se llevó tras leer su contenido.

La transcripción de los suras que allí aparecían no coincidía con la redacción del Corán oficial fijado por la tradición. Y, lejos de tratarse de una divergencia superficial, afectaba en parte al núcleo esencial de la religión musulmana.

Consciente de la gravedad de aquel asunto, volvió a dejar los pergaminos en su sitio como si le quemasen entre los dedos. El corazón le latía con tanta fuerza que amenazaba con salirse del pecho. Aquella versión alternativa al Corán establecido era tan peligrosa que, puesta en según qué manos, su sola existencia podía hacer tambalear los cimientos del islam y provocar una revolución sin precedentes.

Visiblemente afectado, lo dejó todo como estaba y se apresuró a marcharse de allí lo antes posible. ¿Y después?, ¿qué haría después? Solo tenía clara una cosa. Si aquellos pergaminos viesan la luz, podría desencadenarse una serie de consecuencias de carácter imprevisible que se extenderían por todo Oriente Medio.